

BELLAS ARTES.—

NUESTRA CULTURA ARTISTICA

Se publicó hace pocos días en este mismo diario un párrafo muy significativo, en el cual se decía que a la exposición de pintura francesa celebrada en el Palacio de Bellas Artes de Santiago, habían concurrido más de treinta y ocho mil personas, en el término de un mes, que estuvo abierta. Y que en Buenos Aires, la misma exposición, en el mismo lapso, había tenido como concurrencia la suma de treinta mil personas.

Buenos Aires es ciudad que cuenta con más de tres millones de habitantes. Santiago, creo que apenas cuenta con millón y medio. Por lo tanto se saca por consecuencia, que nuestro interés artístico superó el de nuestros vecinos, doblándolo. La demostración en cifra de asistencia es muy clara, y el dato fué proporcionado por la misma dirección de dicho torneo.

Recuerdo que el día de la apertura al público, vi el local dedicado a esta exhibición, totalmente lleno. Podrían calcularse en el término de dos horas, no menos de cinco mil personas. Es verdad que en esta ocasión las entradas se hicieron ó se dieron por invitaciones, es decir, gratis, pero de todos modos, si no hubiese habido real interés por ver aquello, todo se

habría reducido a una concurrencia que podría llamarse éxito d'estime, como dicen los franceses, y la mayoría de las invitaciones, no habría sido utilizada.

Pero según se ve por esa asistencia, muy pocas personas dejaron de aprovechar dicha invitación.

A los cinco días de abiertas las salas, ya se habían vendido diez mil entradas, lo que hacía esperar la enorme cifra, para nuestra población, que arrojó el total de asistentes al torneo francés.

Es de advertir un detalle de mucha importancia en este interés enorme de nuestro público, y es que éste está acostumbrado a asistir a toda exposición de arte o salón, en forma gratuita. Podía entonces esperarse una reacción en contra del pago de la entrada, pero no fué así, y el público se manifestó entusiasta desde los primeros días, cuando aun la prensa y la crítica no se habían declarado ni en pro ni en contra. Pero como el interés era grande, la afluencia de público fué absolutamente espontánea.

Como fuimos muchas veces a las salas francesas, tuvimos ocasión de observar algunos detalles. La gente entraba con

DIBUJOS DE PICASSO

En la sala de exposiciones de la Librería Francesa, "Le Caveau" (Estado 36, subterráneo), se exhibe desde mañana lunes una colección de dibujos de Picasso ejecutados entre 1940 y 1942, y reproducidos, conforme a su formato original, por las ediciones "Cahiers de l'Art", de París.

cierta ansiedad a ver los cuadros. La que no entendía mucho, se hacía acompañar por algún aficionado, que ya se traía de la calle, o se buscaba allí mismo, en calidad de cicerone.

Recuerdo que se nos pidió en varias ocasiones dicho servicio, y como no se podía atender a varias personas, se juntaban éstas para oír lo que a grandes rasgos decíamos sobre los cuadros.

Era aquello una muestra expuesta con mucha claridad y orden por los organizadores. Es verdad. Pero hay que advertir que se trata de un arte difícil de comprender para el profano, para el público de la calle, y en este caso, la dificultad era agravada por tratarse del desarrollo de varias escuelas a través de más de un siglo, con diferencias, unas de otras, muchas veces de matices, en el color o en la línea, de nombres, de maestros, de discípulos, de reacciones y de contra reacciones. Pero todo eso lo tomaba el público nuestro, no en este caso como un simple interés, sino con una verdadera ansiedad de saber, de enterarse de penetrar, de explicarse y sacar consecuencias netamente personales, en muchos casos.

En su mayoría, los visitantes fueron mujeres elegantes. Otro grupo enorme lo formaron los estudiantes, de ambos sexos. Cuando algunas señoras iban solas, y oían que se hablaba en algún grupo, se acercaban a él, para oír, para darse cuenta de algo que para ellas habría podido pasar inadvertido y luego formaban en ese grupo, que iba mirando los cuadros lentamente.

Nunca oí una expresión airada o de burla, cuando se trataba de escuelas o fórmulas abstractas de pintura. La mirada se volvía interrogativa, a veces absorta; otras veces los ojos buscaban una especie de apoyo en el vecino, y éste en seguida iba en ayuda de alguien que todavía no había comprendido, y juntos entonces absolvían o elogiaban lo que habían mirado.

Todo lo que he dicho habla muy en alto de este público en cuanto a su cultura y a su afición por el arte.

«Nuestra cultura artística»
Nathanael Yáñez Silva
Diario *El Mercurio*, 18 de junio de 1950

Se publicó hace pocos días en este mismo diario un párrafo muy significativo, en el cual se decía que a la exposición de pintura francesa celebrada en el Palacio de Bellas Artes de Santiago, habían concurrido más de treinta y ocho mil personas, en el término de un mes, que estuvo abierta. Y que en Buenos Aires, la misma exposición, en el mismo lapso, había tenido como concurrencia la suma de treinta mil personas.

Buenos Aires es una ciudad que cuenta con más de tres millones de habitantes. Santiago, creo que apenas cuando con millón y medio. Por lo tanto se saca por consecuencia, que nuestro interés artístico superó el de nuestros vecinos, doblándolo. La demostración en cifra de asistencia es muy clara, y el dato fue proporcionado por la misma dirección de dicho torneo.

Recuerdo que el día de la apertura al público, vi el local dedicado a esta exhibición, totalmente lleno. Podrían calcularse en el término de dos horas, no menos de cinco mil personas. Es verdad que en esta ocasión las entradas se hicieron o se dieron por invitaciones, es decir, gratis, pero de todos modos, si no hubiese habido real interés por ver aquello, todo se habría reducido a una concurrencia que podría llamarse éxito d'estime, como dicen los franceses, y la mayoría de las invitaciones, no habría sido utilizada.

Pero según se ve por esa asistencia, muy pocas personas dejaron de aprovechar dicha invitación.

A los cinco días de abiertas las salas, ya se habían vendido diez mil entradas, lo que hacía esperar la enorme cifra, para nuestra población, que arrojó el total de asistentes al torneo francés.

Es de advertir un detalle de mucha importancia en este interés enorme de nuestro público, y es que éste está acostumbrado a asistir a toda exposición de arte o salón en forma gratuita. Podía entonces esperarse una reacción en contra del pago de la entrada, pero no fue así, y el público se manifestó entusiasta desde los primeros días, cuando aún la prensa y la crítica no se habían declarado ni en pro ni en contra. Pero como el interés era grande, la afluencia de público fue absolutamente espontánea.

Como fuimos muchas veces a las salas francesas, tuvimos ocasión de observar algunos detalles. La gente entraba con cierta ansiedad a ver los cuadros. La que no entendía mucho, se hacía acompañar por algún aficionado, que ya se traía de la calle, o se buscaba allí mismo, en calidad de cicerone.

Recuerdo que se nos pidió en varias ocasiones dicho servicio, y como no se podía atender a varias personas, se juntaban éstas para oír lo que a grandes rasgos decíamos sobre los cuadros.

Era aquello una muestra expuesta con mucha claridad y orden por los organizadores. Es verdad. Pero hay que advertir que se trata de un arte difícil de comprender para el profano, para el público de la calle, y en este caso, la dificultad era agravada por tratarse del desarrollo de varias escuelas al través [sic] de más de un siglo, con diferencias, unas de otras, muchas veces de matices, en el color o en la línea, de nombres de maestros, de discípulos, de reacciones y de contra reacciones. Pero todo eso lo tomaba el público nuestro, no en este caso como un simple interés, sino con una verdadera ansiedad de saber, de enterarse, de penetrar, de explicarse y sacar consecuencias netamente personales, en muchos casos.

En su mayoría, los visitantes fueron mujeres elegantes. Otro grupo enorme lo formaron los estudiantes, de ambos sexos. Cuando algunas señoras iban solas, y oían que se hablaba en algún grupo, se acercaban a él para oír, para darse cuenta de algo que para ellas habría podido pasar inadvertido y luego formaban en ese grupo que iba mirando los cuadros lentamente.

Nunca oí una expresión airada o de burla, cuando se trataba de escuelas o fórmulas abstractas de pintura. La mirada se volvía interrogativa, a veces absorta; otras veces los ojos buscaban una especie de apoyo en el vecino, y éste en seguida iba en ayuda de alguien que todavía no había comprendido, y juntos entonces absolvían o elogiaban lo que habían mirado.

Todo lo que he dicho habla muy en alto de este público en cuanto a su cultura y a su afición por el arte.